



EN PRIMER PLANO

La desindustrialización de España: ¿preocupante?

Philip G. Moscoso
Profesor de IIESE

Por lo general, cuando sale en clase la pérdida de peso de los sectores industriales en España, un gran número de los directivos participantes argumentan fervientemente que los cierres y traslados de fábricas son un claro síntoma de la debilidad de nuestra economía. Pues bien, es verdad que en España vivimos una desindustrialización, y que ésta afecta directamente a numerosas familias. Pero que la misma sea tan preocupante para la economía en su conjunto es al menos cuestionable, incluso para un apasionado de las fábricas como yo.

Según estadísticas del INE, entre 1990 y 2003, el porcentaje del PIB que representan los sectores industriales se ha reducido en más de 5 puntos hasta el 14,7%. Por el contrario, las ramas de servicios van en aumento y, en el año 2005, un 65% de los ocupados trabajaba en estos sectores. No obstante, seguimos alrededor de cinco puntos por debajo de la media europea de empleados en servicios, y muy lejos del 80%-85% de EEUU. ¿Nos debería, pues, preocupar que cada vez seamos más los que trabajemos en servicios, y menos los empleados por la industria?

¿Industria o servicios?

Para empezar, estas estadísticas sectoriales tienen que ser digeridas con bastante cautela, porque la línea divisoria entre industria y servicios no siempre es clara. Gran parte de los empleados que trabajan en la industria, en verdad, realizan trabajos con naturaleza de servicio, como, por ejemplo, en finanzas, recursos humanos, I+D o la distribución. Por otro lado, en muchas estadísticas nacionales, las empresas de comida rápida aparecen como empresas de servicios, aunque no dejan de vender ante todo productos.

Al margen de estos matices, los datos confirman que el peso de los sectores industriales en el empleo de Europa y Norteamérica se ha reducido a la mitad en los últimos 30-40 años. Pero lo realmente nuevo no es el bajo porcentaje de empleos industriales, sino la caída real en términos absolutos del número de empleados en la industria. En EEUU, por ejemplo, el porcentaje de empleados en la industria viene reduciéndose desde hace tiempo, pero sólo desde 1990 se reduce también en términos absolutos, según datos del *Economist*. No obstante, en precios constantes, el porcentaje de la industria en el PIB americano prácticamente no ha variado desde 1980. Es más, a pesar de todo el alboroto sobre la deslocalización de empleos a China, la producción real americana ha venido creciendo desde principios de los noventa por encima del crecimiento del PIB. De hecho, en 2005, EEUU seguía siendo el mayor fabricante del mundo. Porque aunque China tiene seis veces más trabajadores industriales que EEUU, esta última es mucho más productiva.

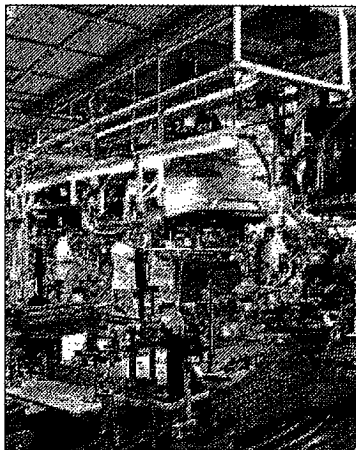
Una tendencia natural

Por lo tanto, interpretar la reducción de empleo industrial como un síntoma económico negativo es una simplificación injusta. Más bien parece ser una consecuencia natural del desarrollo económico. Cuando aumenta la riqueza de un país, parece inevitable que un porcentaje menor de los trabajadores siga en sectores industriales. La primera razón es simple. En la medida que aumenta el PIB per cápita, los ciudadanos no necesitan ya más coches o televisores, y empiezan a gastar una mayor parte de sus ingresos en servicios, por ejemplo, vacaciones, salud, colegios, y ocio, con el consiguiente incremento de los mismos.

La segunda razón que fundamenta esta tendencia radica en que es comparativamente más fácil mejorar la productividad en la industria que en los servicios. En una fábrica se pueden generar economías de escala y sustituir empleados por máquinas, por ejemplo. Dichos empleados pueden pasar a actividades más productivas y, a la larga, justificar un mayor gasto de formación. Por lo tanto, en contra de la sensación general, países como Alemania o Italia, que siguen con altos índices de empleo en industria, son más vulnerables comparativamente ante el auge de países de bajo coste laboral, a menos que consigan incrementar el valor añadido y la diferenciación competitiva de sus industrias. Valga a modo de ejemplo, que ya hoy día, menos de un 15% del valor final de un Porsche Cayenne se genera en la propia Alemania.

Conocimientos y habilidades

Por lo tanto, en resumen, mucho más importante que la migración de empleos de la industria a los servicios que tanto preocupa parece ser el nivel de conocimientos y habilidades que requiere una actividad laboral. La preocupación no debe ser si alguien trabaja en una fábrica o no, sino más bien



Fábrica de Saal en Martorell.

si genera el suficiente valor añadido. Parece claro que en los países desarrollados las empresas actualmente pueden generar más valor con servicios financieros, por ejemplo, que fabricando tuercas. Pero no saquemos conclusiones prematuras; también algunos sectores de servicios están siendo crecientemente deslocalizados, por ejemplo, a la India. Afortunadamente, la deslocalización bien hecha puede ser beneficiosa para ambas partes, el país deslocalizado y el receptor. Por cada euro de gasto deslocalizado a la India, las empresas se ahorran alrededor de 50-70 céntimos, que en principio las hace más competitivas, y que pueden invertir en nuevas oportunidades de negocio, por ejemplo, en su país de origen. Si a esto se añade que las tasas de empleo no han empeorado en la mayoría de los países desarrollados, podemos asumir que tampoco los trabajadores deberían salir perjudicados a la larga. La fortaleza económica de España dependerá, pues, mucho más de la capacidad de sus empresas de generar valor y riqueza, que de la clasificación de turno de las ramas sectoriales.